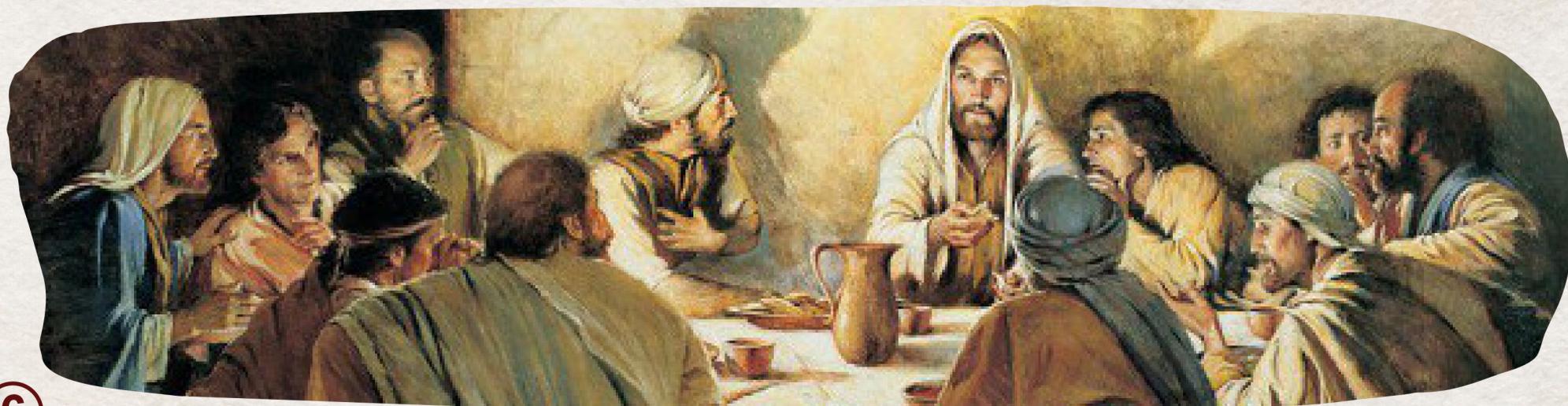


# ¿Qué celebramos en la liturgia?

En la liturgia los creyentes celebramos la historia de la salvación (todos los acontecimientos salvadores, donde Dios ha intervenido desde la creación para salvar a la humanidad) que tiene su punto culminante en Cristo, la perfecta glorificación de Dios, mediante la cual, Dios sigue santificando y liberando a su pueblo. La muerte y resurrección de Cristo (Misterio Pascual) es la síntesis de toda la historia de la salvación y el único gran motivo de celebración de la fe. De ahí que el concepto memorial, sea clave para entender la relación entre misterio de Cristo y liturgia.





El mismo Cristo mandó a sus discípulos celebrar la Eucaristía, como memorial del acontecimiento culminante de la historia de la salvación. Memorial significa la presencia y eficacia actual de lo conmemorado, de modo que acontecimientos que históricamente pertenecen al pasado, se hacen realmente presentes en el hoy del pueblo de Dios que celebra su fe. Es la categoría memorial la que ha permitido considerar la liturgia como momento de la historia de la salvación.

En la misma progresión temporal de la historia de la salvación, la liturgia constituye el momento culminante del último período de la revelación antes de la parusía. La liturgia es una acción ritual temporal en la que se actualiza un evento salvífico del pasado histórico, a través de signos y símbolos, haciéndose presente con toda su fuerza liberadora en el hoy de la asamblea. La Iglesia durante todo el año celebra este gran Misterio, en las fiestas y solemnidades del Señor, como también, en las distintas memorias, fiestas y solemnidades de los santos y de la Virgen María. Todo esto junto con los distintos tiempos litúrgicos: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua y el tiempo, que llamamos Ordinario, no hacen otra cosa, que manifestar con especial esplendor, el Misterio de Cristo.



El término Misterio hunde sus raíces en los inicios del cristianismo, pero, desapareció durante muchos siglos del lenguaje de la Iglesia, sólo vino a recuperarse a mediados del siglo XX con el movimiento litúrgico, de manera especial, con Odo Casel y Romano Guardini y lo entendemos como lo entendió el apóstol Pablo: *“Sin embargo entre los perfectos hablamos de sabiduría, pero no de la sabiduría de este mundo ni de los jefes de este mundo, abocados a la ruina, sino de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios, desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida por todos los jefes del mundo, pues si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria” (1Co 2,6s).*





El Misterio celebrado tiene una doble dimensión que le da su dinamismo más propio, en el que radica la fuerza y eficacia de la celebración cristiana: es anuncio y realización, proclamación y actuación de lo proclamado. De ahí, la necesidad de una formación litúrgica permanente, no solamente a los fieles, sino también, a quienes tienen la responsabilidad de presidir al pueblo de Dios en lo referente al culto: obispos, presbíteros, diáconos y a todos aquellos que, de alguna manera, tienen que ver con el aspecto celebrativo de la Liturgia para que todo el pueblo santo de Dios pueda vivir con alegría “la piedad de la Iglesia que es la Liturgia”.

Celebramos pues en la Liturgia de la Iglesia los Misterios de nuestra salvación que tienen su punto culminante en la encarnación, muerte y resurrección del Hijo único de Dios que se hace presente, en el aquí y en el ahora, mediante la acción ritual. Importante que quienes presidimos la celebración litúrgica tengamos la consciencia despierta y la fe siempre viva del don que Dios, a través de su Iglesia, ha colocado en nuestras manos para continuar su obra salvadora en el mundo.

**¡Celebramos Juntos!**

